
La política como vocación y como profesión: análisis de las motivaciones y de la carrera política de los diputados españoles

Edurne Uriarte

Este artículo analiza las motivaciones que impulsan a una pequeña parte de los ciudadanos a emprender actividades políticas en un momento de sus vidas y los factores que influyen en la conversión de esa actividad en profesión. A partir de datos referidos a los diputados españoles de la séptima legislatura, el artículo muestra, no sólo que las motivaciones están relacionadas con una fuerte ideologización, sentido del compromiso y servicio a la sociedad, sino también que dichas motivaciones constituyen un factor explicativo importante en relación a la profesionalización, factor al que hay que añadir los relativos a las crecientes exigencias de especialización de la política, las crecientes dificultades de vuelta a la profesión de partida y la escasez de nuevos candidatos temporales para la actividad política.

Palabras clave: élite política, motivaciones de los políticos, vocación política, profesionalización.

I. INTRODUCCIÓN: LA POLÍTICA, UNA ACTIVIDAD MAL VALORADA SOCIALMENTE

Es un hecho bien conocido que la política es una de las actividades valoradas más negativamente en España y en la mayor parte de los países europeos. Su mala imagen, además, se ha agudizado en las últimas décadas. El fortalecimiento de la democracia o la mejora del bienestar en los países desarrollados no han ido acompañados en las

últimas décadas de este siglo, como cabía esperarse, de un aumento del aprecio de los ciudadanos por los responsables de la gestión de los asuntos públicos. Al contrario, los ciudadanos critican y desprecian crecientemente la actividad política. No sólo muestran poco interés por ella, sino que consideran que aquellos que se dedican a la política lo hacen motivados por razones muy poco nobles, como el gusto por el poder, la ambición desmedida, el deseo de ganar dinero a costa de la buena fe de los votantes, la intención de vivir cómodamente instalados en lo público, etc. El sentir común añade a las anteriores consideraciones negativas sobre las motivaciones de los políticos otras creencias igualmente críticas sobre las cualidades necesarias para el ejercicio de la política. Falta de escrúpulos, astucia, egoísmo, o ambición desmedida son algunos de los rasgos con los que es identificado el tipo humano que se siente inclinado hacia la política.

Existen numerosos datos de encuesta que muestran el descrédito de la política y los políticos en España. Así, en 1998, un 63 por 100 de los españoles se mostraba muy o bastante de acuerdo con la idea de que los intereses que persiguen los partidos tienen poco que ver con los intereses de la sociedad y tan sólo un 7 por 100 se mostraba nada de acuerdo con este juicio ¹. También en 1998, un 80 por 100 de los españoles pensaba que los parlamentarios se preocupan mucho o bastante de sus propios intereses, mientras que sólo un 41 por 100 de los españoles pensaba que se preocupaban mucho o bastante de los intereses de España ². Por otra parte, tan sólo un 8 por 100 de los españoles mostraba mucha confianza en los partidos, a los que se sumaba otro 33 por 100 que expresaba algo de confianza ³.

Todas las consideraciones negativas sobre la política se acompañan, por otra parte, con la creencia en la facilidad que caracterizaría la práctica de esta actividad. Se considera habitualmente que no son necesarias cualidades especiales ni tampoco una preparación excesiva para dedicarse a la política. Es decir, cualquiera puede hacerlo... La idea democrática de que todos somos elegibles se convierte en la percepción de que cualquiera, también aquellos sin virtudes o méritos destacables, pueden llegar a las más altas cimas del poder político. En definitiva, según la imagen predominante sobre la política y sus principales protagonistas, el ejercicio de la actividad política causa muchos males a los pobres y resignados ciudadanos, es sobre todo una fuente de comodidades, dinero, fama y poder para quienes se dedican a ella, y además, cualquiera puede hacerlo, bastan la ambición de poder y una adecuada *ligereza de escrúpulos*.

En una reflexión con elementos brillantes por su capacidad para captar los aspectos más negativos de la profesión política, pero cuestionable por la negación o la amputación

1. CIS, estudio núm. 2.309, diciembre de 1998.

2. CIS, estudio núm. 2.308, diciembre de 1998.

3. CIS, series históricas, datos de opinión núm. 5, página web del Banco de Datos.

de otros muchos aspectos esenciales para comprender la actividad política, Hans Magnus Enzensberger describe a la clase política como aquella «que se caracteriza por el dominio de la medianía, el fracaso del discernimiento, el pensamiento a corto plazo, la ignorancia conceptual, la obsesión por el poder, la codicia, el nepotismo previsor, la corrupción y la arrogancia» (Enzensberger, 1999: 105, 106). A partir de esta afirmación inicial, Enzensberger realiza un análisis destructivo de las características de los políticos que concluye con un epílogo no menos demoledor que lo que antecede: «A buen seguro la mayoría de nosotros pensamos que sería un lujo exagerado compadecer a unos conciudadanos que, sin la menor vergüenza, se califican de políticos de primer rango. Pero al igual que cualquier otro grupo marginal, al igual que los alcohólicos, los ludópatas o los *skinheads*, son merecedores de esa compasión analítica necesaria para comprender su miseria» (Enzensberger, 1999: 118).

El cóctel de atributos con el que, no sólo los ciudadanos, sino también una buena parte de los intelectuales describen a los políticos podría resumirse en dos elementos: incompetencia y tendencia congénita al abuso del poder y a la corrupción. En buena medida influidos por estos análisis⁴, los ciudadanos comparten en su mayoría una visión altamente negativa de la actividad política y de sus principales protagonistas. Ahora bien, dentro de esa opinión negativa, los ciudadanos no comparten la *compasión* de Enzensberger por lo que este autor califica de mísera actividad. Al contrario, la mayoría de los ciudadanos piensa que esta actividad es básicamente fuente de privilegios, riquezas, y disfrute de poderes ilimitados.

Lo curioso es que esta concepción ciudadana de los privilegios de la actividad política lleva a muy pocos de ellos a desear dedicarse a dicha actividad. Ante esta *escasez de vocaciones*, cabe preguntarse por qué tan pocas personas quieren dedicarse a la política si ésta es fuente de tantas riquezas y privilegios. Una posible respuesta a esta cuestión⁵ se refiere a las dificultades que tiene el ciudadano medio para acceder a esta actividad, pero esta objeción resulta realmente débil si tenemos en cuenta que los partidos políticos y sus actividades están al alcance de cualquier ciudadano, y que no sólo hay muy pocos ciudadanos dispuestos a presentarse a los distintos cargos políticos, sino que, sobre todo, la inmensa mayoría ni siquiera llega en algunos países como el nuestro a la etapa previa a esa competición por el cargo que es normalmente la afiliación o la colaboración en

4. En otro lugar (Uriarte, 1998) analizo lo que considero importante influencia de los periodistas y los intelectuales en la creación de la mala imagen de los políticos.

5. En el razonamiento de la respuesta a dicha cuestión se deja aquí a un lado la explicación referida a la insuficiente formación, información o medios económicos que afectan a una parte de la población y que impiden su acercamiento a la actividad política. Dados los niveles de desarrollo económico, alfabetización o expansión de los medios de comunicación, parece claro que este factor afecta en la actualidad a una minoría de la población y no explica cuáles son los factores que determinan la falta de interés por una participación directa en la actividad política del resto de la población.

un partido político⁶. Otros podrían argüir que lo que ocurre es que la mayoría de los ciudadanos tiene unas cualidades morales demasiado elevadas para llegar a desear participar en una actividad tan degradada, argumento que como muy poco podemos tachar de cándidamente ingenuo.

La inconsistencia de las anteriores explicaciones nos lleva a buscar en otro lugar las razones por las que tan pocas personas deciden dedicarse a la política en las democracias. Podemos sugerir dos explicaciones que son mutuamente complementarias: la primera se refiere a las dificultades de todo tipo que implica la actividad política y que muy pocas personas desean afrontar, y la segunda, en la que nos centraremos en las siguientes páginas, apunta hacia el campo de las motivaciones específicas que impulsan a algunas personas, una minoría, hacia la actividad política.

En relación a la primera explicación, se ha llamado poco la atención sobre esas dificultades de la política y el desequilibrio existente entre ellas y las recompensas que proporciona esta actividad. Ciertamente, como señalaban Payne y otros (1990), si examinamos con cierta detención la actividad política encontramos algunos obstáculos que pueden desanimar a algunos aspirantes potenciales. Payne y sus colegas apuntan los siguientes obstáculos: (1) los políticos son sometidos a la crítica y a la hostilidad permanentes, muchas veces privadas pero también públicas; (2) los ataques de que son objeto la mayoría de los políticos con frecuencia van más allá de la simple crítica verbal: en los países no democráticos pueden llevar incluso a la muerte y en los países democráticos⁷ pueden provocar hostigamiento, amenazas, procesos judiciales, etc.: «Los políticos son víctimas de una crítica incisiva y una hostilidad permanentes que perturbarían profundamente a la mayoría de las personas, y aunque no lo parezca, a ellos también les afecta» (Payne *et al.*, 1990: 9); (3) la política requiere una dedicación de una ilimitada cantidad de tiempo y sin horarios establecidos; (4) normalmente, la actividad política representa un sacrificio financiero, no sólo por la multitud de gastos que ocasiona, sino también porque los políticos renuncian a la posibilidad de actividades más lucrativas en el sector privado y (5) por último, si ejercer un cargo político presenta muchas complicaciones, aún más difícil puede ser conseguir ser propuesto para ese cargo político y ganar la elección en la que se disputa ese cargo: «Si llegara una carta por el correo en la que se nos designara para ocupar un escaño en el Congreso, la mayoría de nosotros

6. Es llamativo en este sentido constatar que en los países europeos la afiliación a partidos políticos tan sólo supera el 10 por 100 del electorado en los países nórdicos. En todos los demás casos la afiliación está por debajo de ese porcentaje, y en algunos países como España el porcentaje del electorado afiliado a partidos políticos ni siquiera llega al 5 por 100; son datos ofrecidos por Anders Widfeldt, 1995. «Party Membership and Party Representativeness», en Hans-Dieter Klingemann y Dieter Fuchs (eds.), *Citizens and the State*. Londres: Oxford University Press.

7. No está de más recordar y añadir a esta reflexión que también en los países democráticos el ejercicio de la política puede entrañar graves riesgos de muerte, ya que los políticos se convierten en muchos casos en objetivo preferente de los grupos terroristas. Nuestro país constituye un buen ejemplo.

aceptaría y desempeñaría el puesto, aunque no por mucho tiempo. Sin embargo, los cargos públicos no se obtienen esperando pacientemente el correo. Para obtenerlos, normalmente se necesita realizar una campaña, hacer frente a una competencia sostenida y agotadora» (Payne y otros, 1990: 11).

En un excelente libro en el que demuestra conocer las interioridades de la política, Alistair McAlpine, escritor, periodista y antiguo dirigente y diputado del Partido Conservador británico, ofrece algunas pinceladas sobre la dureza de la profesión política en la forma de carta a un joven político en la que está escrito el libro: «¿Te gustaría entrar en política? Te aconsejo decididamente que no lo hagas, porque la gente valora a lo políticos peor que a los delincuentes. Te convertirás en un muñeco de feria para la Prensa, y para cualquier criatura que decida chantajearte. Serás el blanco de los programas de humor de la televisión. Viles acusaciones serán lanzadas a tu cara por tus comensales de cena, y lo que aún es peor, cuando la gente escuche con reverencia lo que les digas, entonces sabrás en tu corazón que estás fracasando. Abusos y críticas constituirán tu tributo diario, y les quitarás importancia alegando que son tonterías, o en el mejor de los casos el distorsionado sentido del humor de tus amigos de la Prensa...» (McAlpine, 1996: 4).

Estos brochazos parecen mucho más cercanos a la realidad de la profesión política que las ideas que se contienen en ciertas creencias populares e intelectuales. Estas dificultades explican en buena medida la falta de interés de la gran mayoría de ciudadanos por la actividad política y sustentan, a su vez, la pregunta que formulaba más arriba en torno a las razones por las cuales existe una minoría de personas que están dispuestas a afrontar esas dificultades y a dedicarse a tan denostada actividad. El análisis de las motivaciones nos ofrece algunas respuestas a esta cuestión. Porque es precisamente en el campo de las motivaciones donde podemos encontrar las diferencias que explican por qué sólo una pequeña parte de la población de los países democráticos muestra interés o disposición hacia la actividad política.

En las próximas páginas se presentará un análisis de las motivaciones que empujaron a los políticos españoles hacia la actividad política y observaremos el predominio de motivaciones relacionadas con una fuerte ideologización, con la fidelidad a los programas de los partidos o con el servicio a la sociedad, motivaciones altamente presentes en esa minoría que hace de la política su actividad principal y muy débiles en el conjunto de la sociedad.

El análisis de las motivaciones que impulsan la entrada en la política nos llevará, a su vez, a la segunda cuestión objeto de este artículo, la referente a la profesionalización de la política, o el proceso por el cual la actividad política pasa de ser una ocupación temporal a una profesión. La profesionalización, ¿debe ser considerada como consecuencia de lo que Enzensberger (1999: 118) califica como una carrera en la que es fácil entrar pero es casi imposible salir sin sufrir graves daños? ¿O la profesionalización es consecuencia, como señalaré en las próximas páginas, de una conjunción de vocación,

de las motivaciones, por parte del político, y de exigencia de especialización y dominio del arte de la política por parte de la sociedad?

Para analizar ambas cuestiones, contamos con los datos de una encuesta realizada a los miembros del Congreso de los Diputados, que obtuvo 212 respuestas, es decir, el 61 por 100 del total de diputados⁸. Un análisis de las respuestas dadas por los diputados españoles a algunas preguntas abiertas sobre las motivaciones para dedicarse a la política y a preguntas cerradas sobre las características de sus carreras políticas nos permitirá ofrecer en las siguientes páginas algunas respuestas a las dos cuestiones planteadas más arriba.

Es importante señalar que los datos sobre los diputados españoles se utilizarán en las siguientes páginas para hacer generalizaciones sobre la élite política española. La consideración de la élite parlamentaria como representativa del conjunto de la élite política ha sido ampliamente fundamentada en numerosos estudios. En otro lugar me he referido a esos estudios y a las razones que justifican la elección de la élite parlamentaria como base empírica para el estudio de las élites políticas (Uriarte, 1997). Cabe sintetizar brevemente esas razones de la siguiente forma: (1) desde el llamado análisis posicional, el Parlamento es una de las instituciones esenciales desde las que se ejerce el poder político; (2) además, las posiciones de poder del Parlamento están fuertemente interconectadas con los otros dos centros esenciales del poder político, es decir, con el ejecutivo y las cúpulas de los partidos políticos, ya que una buena parte de esas cúpulas está, a su vez, en el Parlamento, y el Parlamento constituye un importante lugar de selección de los miembros del ejecutivo; y por último, (3) el análisis de la élite parlamentaria ofrece menos complicaciones al investigador para realizar el trabajo de campo y para tener acceso a los datos.

II. ¿POR QUÉ ALGUNOS CIUDADANOS QUIEREN DEDICARSE A LA POLÍTICA?

La actividad política comporta numerosas dificultades y exige un grado de dedicación personal superior a la mayor parte de actividades. Además, está socialmente mal considerada. Sin embargo, hay una exígua minoría de ciudadanos que emprende en algún momento de su vida el camino que le lleva a dedicarse al cabo de un tiempo a la política

8. Los datos sobre los diputados españoles que se van a citar en este artículo corresponden a una investigación sobre la élite política española realizada por la autora de este artículo, y con la colaboración de la profesora Cristina Ruiz, a través de una encuesta entre los miembros del Congreso de Diputados en 1997. Se envió un cuestionario a los diputados que fue respondido por 212, es decir, por un 61 por 100 del total de miembros del Congreso, 348, si tenemos en cuenta la exclusión de los dos de Herri Batasuna. El porcentaje de respuestas según grupos parlamentarios fue el siguiente: Grupo Popular (53 por 100), Grupo Socialista (68 por 100), Izquierda Unida (67 por 100), CiU (56 por 100), PNV (100 por 100), Grupo Mixto (60 por 100) y Coalición Canaria (50 por 100).

como actividad principal. En la mayoría de los casos, el inicio de ese camino no comporta ningún tipo de determinación o decisión de dedicarse profesionalmente a la política. Pero, en algunos casos, lo que parecía una actividad temporal acaba convirtiéndose en una profesión. La primera cuestión de interés en este terreno es cuál o cuáles son las motivaciones que llevan a algunos ciudadanos a aceptar un cargo político o un puesto en una candidatura, o bien a competir por un cargo político o por un puesto en una candidatura en un momento de sus vidas.

Las respuestas de los diputados españoles muestran que esas motivaciones se hallan bien lejos de las que habitualmente les otorga la creencia popular y también la reflexión intelectual más extendida. Frente a las ideas de ambición por el poder, el lucro, o la supuesta facilidad y comodidad de la política, los políticos españoles destacan otras muy distintas como el servicio a la sociedad, el compromiso con unas ideas o la lucha por la democracia. Es decir, encontramos básicamente motivaciones de compromiso con la sociedad, con una ideología, con unos objetivos sociales, motivaciones que junto a la atracción por la actividad en sí misma forman lo que podríamos considerar como vocación política.

La doble acepción que el concepto de vocación tiene en español es útil para denominar el conjunto principal de motivaciones que impulsan la entrada en la política de algunos ciudadanos. Recordemos que en nuestro idioma el concepto de vocación significa por un lado, convocación, llamamiento, y, por otro lado, expresa la idea de atracción por una actividad o profesión. El primer sentido tuvo durante mucho tiempo un contenido básicamente religioso ya que el concepto de vocación se entendía en su sentido religioso, es decir, como llamada de Dios. Pero también es cierto que el concepto de vocación se ha utilizado crecientemente en un sentido más amplio para referirse al impulso que se siente para cumplir con un deber social, para conseguir o ayudar a conseguir objetivos colectivos. Es éste el sentido que junto al de atracción por una actividad me interesa destacar en estas páginas para sintetizar la característica principal de las motivaciones señaladas por los políticos españoles⁹.

9. Lamentablemente, Max Weber no nos ofreció ninguna definición precisa de vocación política en su excelente ensayo *La política como vocación*, pero me atrevería a sintetizar que había una idea básica en el conjunto de sus páginas y era la idea de la pasión por la política, pasión en todos los sentidos, pasión como mera atracción, pero también pasión por el cumplimiento de una misión social. Señalaba Weber en el último párrafo de su ensayo: «La política consiste en una dura y prolongada penetración a través de tenaces resistencias, para la que se requiere, al mismo tiempo, pasión y medida. Es completamente cierto, y así lo prueba la Historia, que en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez. Pero para ser capaz de hacer esto no sólo hay que ser un caudillo, sino también un héroe en el sentido más sencillo de la palabra. Incluso aquellos que no son ni lo uno ni lo otro han de armarse desde ahora de esa fortaleza de ánimo que pretende soportar la destrucción de todas las esperanzas, si no quieren resultar incapaces de realizar incluso lo que hoy es posible. Sólo quien está seguro de no quebrarse cuando, desde su punto de vista, el mundo se muestra demasiado estúpido o demasiado abyecto para lo que él le ofrece; sólo quien frente a todo esto es capaz de responder con un "sin embargo"; sólo un hombre de esta forma construido tiene "vocación" para la política» (Weber, 1981: 178, 179).

Tal como podemos ver en la tabla 1, las motivaciones que los políticos españoles destacan son las de servicio a la sociedad, el compromiso con unas ideas, el logro de objetivos sociales como la justicia y el cambio social, la atracción hacia la actividad en sí misma y la lucha antifranquista y por la democracia. Además de las motivaciones señaladas, que son las más importantes, los políticos españoles también indican otras motivaciones como la tradición familiar y las peticiones de amigos, el deseo de participación, la contribución a la consolidación de la democracia o el servicio al partido, a lo que siguen en último lugar otras motivaciones ya escasamente destacadas como el servicio a mi provincia o región, la lucha contra la política del PSOE, etc.

TABLA 1.

LAS MOTIVACIONES PARA DEDICARSE A LA POLÍTICA DE LOS DIPUTADOS ESPAÑOLES, 1997 *

<i>Motivaciones</i>	<i>Número de veces mencionadas</i>	<i>% diputados</i>
Servicio a la sociedad.....	62	31
Compromiso con ideas	56	28
Cambio social	45	22
Atracción por la actividad política	33	16
Lucha antifranquista	26	13
Tradición familiar, petición amigos.....	14	7
Deseo de participación	14	7
Consolidar la democracia.....	11	5
Servicio al partido	10	5
Defender mi provincia o región.....	6	3
Luchar contra el PSOE.....	6	3
Transformar España	4	2
Defender mi nación	3	1

* Esta tabla está confeccionada con las respuestas dadas por los diputados a la pregunta abierta sobre cuáles fueron los dos motivos principales para su dedicación a la actividad política. El porcentaje de diputados que respondió a esta pregunta fue del 95 por 100.

Estas motivaciones corresponden a los inicios de la actividad política de los diputados encuestados, es decir, en la mayoría de los casos a la juventud de esos diputados y a los primeros años de su relación con la política. Es en ese contexto donde en buena medida hay que entender el contenido básicamente positivo de las motivaciones señaladas por los diputados. Cabe añadir también que un elemento de lo que es considerado como correcto y aceptable en relación a las razones para dedicarse a la política haya podido llevar a los diputados a destacar razones altruistas en sus respuestas y a ocultar

o minimizar otro tipo de razones consideradas como menos aceptables. Esta objeción ofrece interés, si bien para sustentarla sería preciso complementar los datos que se ofrecen en este artículo con entrevistas en profundidad que nos permitieran avanzar en el conocimiento de la naturaleza de las motivaciones. Ahora bien, tampoco debemos olvidar que este problema es común a todas las encuestas politológicas, incluidas la gran mayoría dirigidas a los ciudadanos, y que absolutamente todas ellas requerirían estudios cualitativos posteriores para valorar la influencia de lo políticamente correcto o de la opinión pública como control social en el sentido explicado por Noelle/Neumann (1995: 33-54).

También cabe analizar esta cuestión desde una óptica totalmente diferente. El análisis de las respuestas de los diputados en torno a las motivaciones para dedicarse a la política más bien hace pensar que el altruismo y la importancia del compromiso que se observa en sus respuestas indica precisamente todo lo contrario a lo que la creencia popular y la reflexión intelectual percibe habitualmente en las motivaciones de los políticos. Puede asimismo sugerirse que esos elementos de altruismo y compromiso pueden indicar que lo que distingue precisamente del resto de ciudadanos a ese pequeño número de ciudadanos que en un momento dado emprende el camino de la política como actividad principal es un grado de ideologización, de sentido del compromiso con unas ideas y de sentido de servicio a la sociedad y al logro de objetivos sociales y no meramente individuales mucho mayores que los del ciudadano medio.

Los datos con los que contamos, no sólo de los políticos españoles, sino también de las élites de otros países, como veremos más adelante, muestran que es precisamente ésa la diferencia que determina su desembarco en la política y no la obsesión por el poder o el deseo de lucro. Recordemos que el político que actualmente ocupa un cargo de diputado, ministro, presidente o consejero de una comunidad autónoma, o cualquier otro cargo de gran relevancia política, no empezó en la inmensa mayoría de los casos en ese cargo u otro similar de relevancia política¹⁰. Ese político empezó como militante de base en un partido político y realizó una larga actividad política que durante un buen número de años significó la dedicación no remunerada a actividades internas de partido sin trascendencia pública o a cargos políticos de relevancia menor y no remunerados o muy escasamente remunerados como las concejalías de los Ayuntamientos¹¹.

10. En este contexto, son interesantes datos sobre la historia del interés por la política como los ofrecidos por Colette Ysmal (1995: 32) sobre la élite política francesa. El 62 por 100 de los diputados elegidos en 1981 decían que se habían interesado por primera vez por la política antes de los veinte años, a lo que se añadía otro 14 por 100 que había comenzado a interesarse entre los veinte y los veinticinco. Ysmal apunta también datos de encuestas realizadas en 1979 en las que se observa que un 75 por 100 de los delegados en el congreso del PS y un 69 por 100 de los delegados en los congresos de UDF y RPR señalaban que habían conocido su primera experiencia política antes de los veinte años.

11. Ésta podría ser la trayectoria política con *dominante militante*, si utilizamos la interesante tipologización que realiza Genyès (1998) sobre la carrera de los diputados de las autonomías andaluza y catalana. Ésta sería la trayectoria típica de los que entraron en política tras el cambio de régimen. Y habría otra trayectoria

Por otra parte, un análisis de las motivaciones de los políticos de otros países nos muestra semejanzas con las motivaciones expuestas por los políticos españoles pero también diferencias producto en alguna medida de meras diferencias metodológicas en el planteamiento de esta cuestión en las diferentes investigaciones¹². Buck (1963: 66, 68 y 124) analizaba las motivaciones de los parlamentarios ingleses en su decisión de presentarse candidato a la Cámara de los Comunes en el período de 1918-1958 y destacaba cinco motivaciones principales: la petición por parte de los poderes centrales del partido (40 por 100), una motivación que un tercio de ese 40 por 100 acompañaba con la idea de creencia en el programa del partido y deseo de apoyarlo; la petición de otros (21 por 100), una petición combinada en la mitad de los casos con un deseo de servicio público, la creencia y el impulso de defensa del programa del partido y de sus principios (19 por 100), deseo de servicio público (9 por 100), y, por último, la política como una carrera, en ocasiones una tradición familiar (11 por 100). Es decir, también cabe destacar en el caso inglés el peso predominante de las motivaciones ideológicas y de servicio a la sociedad y el escaso peso de las motivaciones más personales o relacionadas con la ambición por la carrera política.

La escasa relevancia que los políticos dan a su carrera política o a su ambición personal en la decisión de competir por puestos políticos también destaca en los datos mucho más recientes que Pippa Norris y un equipo de investigadores presentan sobre los procesos de reclutamiento político en nueve países (Australia, Canadá, Finlandia, Alemania, Japón, Holanda, Nueva Zelanda, Reino Unido y Estados Unidos). Cuando se pregunta a los candidatos a las elecciones europeas sobre sus motivaciones para desear entrar en el Parlamento Europeo, los entrevistados (tanto candidatos como parlamentarios electos) destacan fundamentalmente que su decisión responde a una petición de otros o al deseo de apoyar a su partido y su programa, y las consideraciones sobre la carrera política son considerablemente menos importantes (Norris, 1997: 225, 226).

que Genyes conceptualiza como *trayectoria con dominantes fundacionales*, que se encontraría principalmente en las élites periféricas que se habían opuesto históricamente al centro estatal, como Cataluña. Se trataría de las trayectorias de las élites que se movilizaron contra el régimen autoritario tanto en el seno de las asociaciones religiosas como el mundo universitario o el partido clandestino. Obviamente, el segundo tipo de trayectoria tiene unos elementos de ideologización y servicio a la sociedad incluso más acusados que el primer tipo de trayectoria.

12. Es preciso tener en cuenta que la comparación sobre las motivaciones ofrece algunas limitaciones importantes. Por un lado, no siempre se incluye este apartado en las diferentes investigaciones sobre élites. Cuando se incluye, a veces se refiere a las motivaciones sobre la entrada en la actividad política pero en otras ocasiones se refiere a las motivaciones para competir por determinados puestos políticos. Pero, además, las categorías empleadas por los distintos investigadores son muy diversas y en ocasiones se presentan en preguntas cerradas y en otras son categorizaciones posteriores de preguntas abiertas como es el caso de los datos de la investigación sobre los diputados españoles que se presenta en este trabajo. Roderic A. Camp (1984: 17) exponía este mismo problema cuando comparaba sus datos sobre las motivaciones de la élite política mejicana con las motivaciones de los políticos de otros países: «Otros analistas han utilizado categorías tan diversas para las razones por las cuales los políticos emprendieron sus carreras políticas que resulta muy complicado encontrar datos que sean comparables».

Por consiguiente, tanto los datos sobre la élite política española como los datos sobre élites políticas de otros países colocan las motivaciones personales, la ambición de poder o el deseo de realizar una carrera política en lugares secundarios. Es decir, asistimos a un vívido contraste entre las motivaciones confesadas por los políticos y las motivaciones que les atribuyen una buena parte de los que analizan la política desde fuera. ¿Significa esto que la ambición y las consideraciones sobre la carrera profesional o la atracción hacia la actividad en sí misma no tienen la importancia que se les atribuía? Probablemente, tienen bastante menos importancia que la que se ha destacado y, además, deben ser comprendidas en un contexto en el que las motivaciones relacionadas con las creencias ideológicas tienen un enorme peso. Las dificultades de la actividad política, que se señalaban más arriba, parecen indicar que la ambición es un ingrediente necesario para abordar con cierto éxito una actividad política de cierta entidad. Como decía Leach (1995: 12), ambición y convicción constituyen conceptos complejos y altamente subjetivos y pueden ser más difícilmente separables de lo que a veces imaginamos: «Mientras que el compromiso político puede surgir de fuertes convicciones, los políticos buscan necesariamente el poder para poner en práctica sus principios, y la ambición por la causa queda inseparablemente ligada a objetivos más personales» (traducción propia).

Para llegar a conocer con más profundidad las fronteras y los límites entre esos dos elementos de convicción y ambición es preciso superar las simplificaciones que tan habituales han sido en el análisis de esta cuestión pero intentando también penetrar en reflexiones que quedan oscurecidas por la capa de autocontrol y de corrección política democrática que todo político se impone cuando reflexiona sobre la trayectoria de su carrera y que probablemente enmudece en cierto grado las consideraciones más individualistas.

III. MOTIVACIONES E IDEOLOGÍAS

El análisis de las motivaciones también muestra algunas diferencias significativas entre las distintas posiciones ideológicas y partidos como vamos a ver a continuación. Si tenemos en cuenta las cinco motivaciones más importantes señaladas en la tabla 1 (servicio a la sociedad, compromiso con unas ideas, cambio social, atracción por la actividad política y lucha antifranquista), observamos en la tabla 2 que los diputados de los dos principales partidos españoles coinciden en la importancia de cuatro de las motivaciones, las referentes al servicio a la sociedad, el compromiso con unas ideas, la consecución de objetivos y la inclinación hacia la actividad política. Ahora bien, los diputados de cada partido colocan estas motivaciones en un orden diferente, lo que denota diferencias significativas entre ellos. Además, hay una quinta motivación que es importante entre los diputados del PSOE y no aparece entre los diputados del PP, la referente a la motivación de la lucha antifranquista.

TABLA 2.
ORDEN DE IMPORTANCIA DE LAS MOTIVACIONES SEGÚN PARTIDOS POLÍTICOS, 1997

<i>Orden de importancia</i>	<i>Partido Popular</i>	<i>Partido Socialista</i>
Primera.....	Servicio sociedad	Compromiso ideas
Segunda.....	Atracción por la política	Cambio social
Tercera.....	Compromiso ideas	Lucha antifranquista
Cuarta.....	Cambio social	Servicio sociedad
Quinta.....	Deseo participación	Atracción por la política
Sexta.....	Consolidar democracia	Tradición familiar, amigos
Séptima.....	Luchar contra PSOE	Consolidar democracia
Octava.....	Tradición familiar, amigos	Servicio al partido
Novena.....	Mi provincia, mi región	Deseo participación
Décima.....	Servicio al partido	Mi provincia, mi región
Undécima.....	Transformar España	Transformar España

Mientras que la motivación del servicio a la sociedad es la más importante para los diputados del PP, ocupa, sin embargo, el cuarto lugar entre las motivaciones de los diputados del PSOE. ¿Cuál es el contenido de esta motivación? Un diputado del PSOE la definía como una *«preocupación por los problemas de muchos ciudadanos que aprecié en mi época de abogado laboralista»*¹³. Otra diputada socialista decía: *«creo que puedo aportar una visión nueva de hacer política muy cercana al ciudadano, especialmente a los trabajadores»*. Un diputado popular señalaba que *«porque a través de la actividad política pretendo hacer algo por los demás, contribuir al bienestar de los ciudadanos»*. Y otro diputado, también del PP, daba la siguiente explicación: *«por coparticipar en solucionar problemas sociales entendiendo que si yo no apporto nada no tendría ninguna legitimidad para criticar lo que otros hacen. Por una concepción cristiana de la vida y del mundo»*.

Cabe apuntar que la importancia de la idea de servicio a la sociedad entre los políticos del PP puede estar relacionada con el elemento cristiano que destaca uno de sus diputados. La idea de servicio a los demás es uno de los elementos importantes del cristianismo y cabe pensar que la educación en éste y otros valores del cristianismo ha tenido una influencia significativa en el desarrollo y evolución de la vocación política. Debemos tener en cuenta que más del 90 por 100 de los diputados populares se declaran

13. Éstas y otras opiniones de los diputados que aparecen en cursiva en las siguientes páginas corresponden a las respuestas dadas por éstos a algunas de las preguntas abiertas realizadas en el marco de la investigación realizada por la autora y citada más arriba.

católicos y, de ellos, un 60 por 100 se declara católico practicante. Estos porcentajes contrastan con el muchísimo más reducido 26 por 100 de diputados socialistas que se declaran católicos (y tan sólo 1 por 100 practicante), y el más del 50 por 100 de diputados socialistas que se declaran agnósticos o ateos.

El primer lugar de la motivación de servicio a la sociedad de los diputados del PP se convierte entre los diputados socialistas en el primer lugar del compromiso por unas ideas. La gran importancia de esta motivación entre los diputados socialistas se inscribe en el contexto de la idea de compromiso, tan querida a la izquierda política e intelectual a lo largo del siglo e inspirada en el marxismo: la idea de la necesidad de sacrificarse o entregarse a la lucha por la realización de un proyecto político y la idea de condicionar todos los aspectos de la vida de una persona a la lucha por ese ideal. Aunque ha perdido una gran parte de su fuerza, es uno de los factores que explican la entrada en la política de una buena parte de la élite política de izquierdas de la actualidad que se socializó políticamente en las décadas de los 50, 60 ó 70.

Los diputados del PSOE dan diversas definiciones del contenido de esta motivación: *«comprometerse en el desarrollo de un modelo de sociedad al que aspiro y deseo», «compromiso con una ideología», «trabajar por mis ideas», «creo que es preciso comprometerse en la transformación de la sociedad cuando crees que existen injusticias sociales que pueden paliarse», «compromiso sindical debido a mi preocupación social»*. El concepto desarrollado por los socialistas coincide básicamente con las reflexiones de los diputados de Izquierda Unida (IU) que también sitúan esta motivación entre las dos más importantes: *«como consecuencia de mi compromiso de aportar mis esfuerzos a la solución de problemas colectivos desde una perspectiva de izquierdas»*, era una de las reflexiones de uno de sus diputados. Las definiciones que ofrecen los diputados del PP que destacan esta motivación no difieren sustancialmente, si bien cabe apuntar que desaparece el concepto de transformación que aparecía en algunas definiciones de los diputados socialistas: *«por la defensa de las ideas en las que creo», «puesta en práctica de mis principios», «defender un modelo de sociedad»*, son algunas de las explicaciones de los diputados populares.

La importancia de la lucha por la consecución de determinados objetivos, una motivación que se ha definido con el concepto de *cambio social*, ocupa el segundo lugar entre las motivaciones de los diputados socialistas y, en buena medida, complementa el primer objetivo, el del compromiso. Los objetivos destacados por los diputados socialistas están definidos con conceptos como justicia, libertad o igualdad: *«no soporto la injusticia y no entiendo la vida sin libertad», «para alcanzar la justicia y la igualdad social en sectores de la población históricamente marginados», «cambiar aquellas cosas que en mi opinión dificultan el desarrollo de un país en progreso»*. Una vez más, los contenidos de esta motivación coinciden con los expuestos por los diputados de IU. La reflexión de una diputada de Izquierda Unida ejemplifica la posición dominante en este grupo parlamentario: *«contribuir a cambiar las situaciones de injusticia que provoca una sociedad como la nuestra»*.

Entre los diputados del PP la motivación que se ha agrupado bajo el concepto de *cambio social* ocupa un posición menos importante ya que se sitúa en el cuarto lugar. Y, por otra parte, las explicaciones sobre esta motivación no incluyen conceptos como justicia social, y se convierten en deseos o aspiraciones de cambios en España que en general no incluyen especificaciones sobre el carácter de ese cambio. Un diputado del PP afirmaba que su motivación había sido la de «*colaborar con el cambio necesario del futuro político de España*», mientras otro diputado señalaba más escuetamente: «*por cambiar la sociedad*». Cuando la dirección del cambio se apunta, la motivación difiere sustancialmente de las razones señaladas por los diputados del PSOE e IU; así, un diputado popular señalaba que deseaba «*contribuir a la modificación de la apreciación que en España hay sobre la política*».

Es interesante comprobar que la motivación que he llamado *atracción por la actividad política*, es decir, la atracción, el interés por la actividad política en sí misma, ocupa el segundo lugar en las motivaciones de los diputados del PP, pero, sin embargo, baja al quinto lugar entre los socialistas. Llama la atención la relativamente escasa importancia otorgada por los diputados socialistas a la atracción por la política ya que parecería un elemento esencial en el inicio de cualquier actividad, actividad que en este caso acaba siendo profesional en la mayoría de los casos. Ahora bien, el elemento de compromiso y la concepción de la política como una actividad necesaria para conseguir determinados objetivos sociales pesa especialmente sobre los diputados de izquierdas, fuertemente socializados en la idea de que están en la política para lograr aspiraciones colectivas y no para realizarse personalmente. Hay, no obstante, diputados socialistas que destacan esta motivación, como un diputado que explicaba así su deseo de dedicarse a la política: «*es lo que más me gusta de todo lo que puedo hacer*»; otra diputada declaraba que «*me apasiona*». Los diputados del PP dan más importancia a esta motivación, probablemente por el menor constreñimiento que ejerce sobre ellos la idea del compromiso. Un diputado del PP señalaba que había querido dedicarse a la política «*porque me gusta*», mientras que otro diputado declaraba que «*por ser una actividad muy completa desde el punto de vista personal*».

Por último, cabe destacar que la lucha antifranquista ocupa todavía un lugar muy importante entre las motivaciones de los diputados socialistas pero desaparece, en cambio, de las motivaciones de los del PP. Como es bien sabido, una buena parte de los miembros de la actual élite política de izquierdas comenzó sus actividades políticas en el franquismo y lo hizo, además, impulsada por el deseo de luchar contra la dictadura. Una diputada socialista definía así su dedicación a la política: «*soy militante política desde 1966. Contra la dictadura y por las libertades*». Un diputado socialista afirmaba que había una única razón que explicaba su dedicación a la política: «*sólo una razón: en los años cincuenta, la lucha por la libertad*», mientras que otro diputado socialista explicaba que entró en política en el franquismo «*porque no me gustaba nada D. Francisco Franco Bahamonde*».

Más allá de las diferencias ideológicas en el orden de importancia de las distintas motivaciones, es interesante apuntar una última reflexión sobre la cuestión generacional. Cabe preguntarse en qué medida la importancia de las motivaciones altruistas, de compromiso y de servicio a la sociedad están relacionadas con el factor generacional, y si se está produciendo un cambio al respecto en las nuevas generaciones que acceden actualmente a la política. Casi el 90 por 100 de los diputados de la legislatura 1996-2000 tiene más de cuarenta años, y algo más del 50 por 100 tiene más de cincuenta años. Por tanto, la gran mayoría de los diputados y de los políticos españoles en general ha vivido directamente el franquismo y todo el proceso de transición política, y se ha socializado políticamente en una época histórica en la que la política se definía en torno a ideas de compromiso, de defensa de ideales o de servicio a los ciudadanos. Esta idea de la política ha sido común en los países occidentales, pero probablemente ha sido profundizada en España bajo el efecto de la movilización contra el franquismo y el posterior proceso de los inicios de la transición.

Los políticos españoles de la actualidad son los hijos de una época política marcada por las movilizaciones, por la fuerte ideologización, por la pasión por la política. Pero dados los cambios políticos que se han producido en España desde el inicio de la transición y los cambios consiguientes en los contenidos de la socialización política, cabe preguntarse si se han producido, a su vez, transformaciones en las relaciones con la política de los miembros de las élites más jóvenes y las consecuencias que esto ha podido tener en sus motivaciones y en sus concepciones de la política.

IV. CUANDO LA POLÍTICA SE CONVIERTE EN PROFESIÓN

El deseo de hacer de la política una profesión no figura explícitamente, y me atrevería a decir que tampoco implícitamente, entre las motivaciones que impulsan a algunos ciudadanos a escogerla como actividad principal. Pero lo cierto es que, como señala Leach (1995: 12), «a medida que los políticos avanzan en su carrera política se convierten, en efecto, en profesionales. La política puede estar todavía inspirada por las convicciones, pero la política supone también una carrera, un trabajo que puede proporcionar la principal fuente de ingresos personales y familiares. Esto afecta inevitablemente el punto de vista de los políticos».

Los conceptos de profesión y de profesionalización no se han clarificado suficientemente en relación a la política. El significado que se otorga habitualmente al concepto de profesión se compone de dos elementos: el del empleo remunerado, por un lado, y el de los conocimientos o habilidades en un campo específico, por el otro. También en relación a la política, cuando decimos que ésta se convierte en profesión para un ciudadano queremos significar que ese ciudadano recibe una remuneración por su trabajo en la política y que, además, tiene conocimientos especializados sobre

esa actividad que le diferencian del conjunto de conocimientos superficiales del resto de ciudadanos, quienes serían, en este sentido, aficionados y no profesionales de la política.

Dicho de otra forma, cuando nos referimos a la profesionalización de la política, queremos poner de relieve un proceso a través del cual, por un lado, el tiempo medio de dedicación a la actividad política de los distintos ciudadanos que se adentran en ella en algún momento es cada vez más largo, de tal forma que la política se convierte en muchos casos en el empleo principal, si no único, de la vida adulta de dichos ciudadanos; y, por otro lado, también queremos destacar que los conocimientos especializados para ejercer la actividad política son cada vez mayores y que entre las personas que ejercen esta actividad hay un número creciente de profesionales, es decir, personas con conocimientos específicos sobre la política, y son cada vez más infrecuentes los aficionados o no profesionales.

Si la entendemos en estos términos, parece bastante claro que la idea de profesión era poco relevante entre los políticos españoles que se socializaron políticamente entre el final del franquismo y la transición a la democracia, es decir, entre quienes interiorizaron un concepto de lo político entendido como realización de objetivos ideológicos y en el que la vida privada y la participación en la vida pública aparecían mucho más entremezclados, es decir, en el que la política, la vida pública, se percibían mucho más entrelazados con la vida privada y no como una esfera separada como ocurre en la actualidad. Además, sobre todo antes, pero también ahora, la participación política en cualquiera de sus dimensiones se entiende también como un deber cívico al que cualquier buen ciudadano debería dedicar parte de sus esfuerzos. La política, en este sentido, no puede ser un medio para conseguir *vulgares* objetivos materiales, sino una vía de realización como ciudadano modelo que entrega parte de sus esfuerzos a la comunidad.

A todos estos elementos se añade, además, otro esencial, el de la democracia, tanto la democracia entendida como sistema político como la democracia como sistema de organización interna de los partidos políticos. Si bien es cierto que asistimos a un proceso de profesionalización de la política, los ciudadanos que aceptan su inclusión en alguna candidatura o en algún cargo político en algún momento de sus vidas, saben que la duración de ese cargo o la continuación en otro cargo político que sustituya al anterior depende de dos elementos en buena medida *incontrolables*: obtener determinados resultados electorales, y ser nuevamente designado por un partido político para ocupar ése u otro cargo político.

La influencia del primer elemento, es decir, el de los vaivenes de la dirección del voto de los ciudadanos, parece bastante clara. Ahora bien, no se ha profundizado suficientemente en los efectos del segundo elemento, es decir, en la precariedad que introduce la intervención de los partidos en la trayectoria de un político. Lo que en la práctica se convierte en una profesión, contiene, sin embargo, un elemento peculiar

respecto al resto de las profesiones que dificulta su consideración como tal: la continuidad en su ejercicio no depende fundamentalmente de los conocimientos y pericia demostrados en la práctica profesional y de un proceso de selección sobre la base de esos elementos, sino que depende, ante todo, de la elección por parte de los demás miembros del partido político. Esta elección es, básicamente, una elección democrática (sea a través de procedimientos directos o indirectos) y como toda elección de corte democrático depende muy poco de los parámetros habituales relacionados con la demostración de capacidades y conocimientos.

Estos elementos hacen que lo que en la práctica tiende a tener carácter de profesión para una buena parte de los políticos, no es considerada como tal por esos mismos políticos, muy especialmente en sus primeros años de práctica. Por otro lado, además, no debemos olvidar un importante elemento valorativo muy arraigado entre los ciudadanos, y también entre las élites culturales, según el cual no puede ser considerada como profesión una actividad representativa de la que los ciudadanos deben responsabilizarse tan sólo temporalmente en el contexto de sus deberes ciudadanos. En este contexto, la llamada renovación de la élite política, es decir, la sustitución de los componentes de la élite política, se entiende en general como positiva, necesaria y deseable en sí misma, independientemente de la capacidad, conocimientos o eficacia de sus miembros en el ejercicio de la política.

Nos encontramos, por tanto, frente a una actividad crecientemente profesionalizada, para la que los conocimientos especializados son cada vez más importantes, y que es ejercida cada vez más por profesionales y no por aficionados, pero que no es en realidad una profesión por todos los elementos señalados más arriba. Una muestra de esta paradoja es el hecho llamativo de que la mayoría de los políticos tienen dificultades para considerar su propia actividad como una profesión; cuando son preguntados por su profesión se refieren habitualmente a sus estudios o a la actividad que realizaban antes de dedicarse a la política, aunque esa actividad sea ya muy lejana en el tiempo. Y, sin embargo, como señala Botella (1997: 145), «la actividad política en las sociedades democráticas actuales es una actividad profesional. (...) Aunque la profesionalización pudiera no parecernos enteramente satisfactoria, me parece, en primer lugar, ineluctable y, en segundo lugar, incluso deseable».

Contamos todavía con datos escasos para rastrear los pasos del proceso de profesionalización de la política, pero podemos aportar algunos elementos, referidos en este trabajo a la élite política española¹⁴. Es interesante observar que la política era ya la

14. Es importante destacar que estos datos se refieren tan sólo a las carreras políticas de los diputados españoles y que este artículo no ofrece un segundo tipo de datos que condicionan de forma importante el desarrollo de la actividad política profesional como son todos los datos correspondientes a la "estructura de oportunidades" (sistema electoral de listas, reglas de incompatibilidades, etc.).

actividad principal de un 80 por 100 de los diputados cuando fueron designados candidatos para las elecciones legislativas 1996¹⁵. Ahora bien, si rastreamos en la trayectoria política de los diputados de la séptima legislatura, y tal como podemos observar en la tabla 3, podemos aportar datos más específicos sobre la prolongación temporal de la actividad política.

TABLA 3.
LA POLÍTICA COMO ACTIVIDAD PRINCIPAL
ENTRE LOS DIPUTADOS ESPAÑOLES *

<i>Periodos</i>	<i>Total</i>	<i>Porcentaje</i>
Antes de 1977.....	10	6
1977-1978.....	15	9
1979-1981.....	18	11
1982-1985.....	40	24
1986-1988.....	17	10
1989-1992.....	34	20
1993-1995.....	36	21
Total.....	169	100

* En esta tabla se consigna la prolongación en el tiempo de la política como actividad principal de los diputados para los cuales la política era su actividad principal o profesión antes de ser elegidos diputados en 1996, y se incluyen tanto sus periodos como diputados de las Cortes Generales como también todas las demás dedicaciones políticas en cualesquiera otras posiciones siempre que se hicieran como actividad principal.

15. En el contexto del análisis de la profesionalización de la política el dato referido a la continuidad o cambio de los miembros del Parlamento tiene un interés relativo, dado que el dato esencial es la continuidad en la carrera política y no sólo parlamentaria. Debemos tener en cuenta que si para un 80 por 100 de los diputados de esta legislatura la política era actividad principal cuando fueron elegidos candidatos para el Congreso de Diputados, sin embargo, el porcentaje de los que eran ya diputados desciende al 56 por 100; por tanto, una parte de estos diputados proviene de otros cargos políticos, autonómicos y locales en buena medida. El porcentaje de la continuidad parlamentaria o de reelección es relativamente baja si la comparamos con el 53 por 100 que se produce en Italia en las elecciones de 1996 en la Cámara de Diputados, una cifra algo baja en el contexto de los últimos años, tal como señala Verzichelli (1998), pero más comprensible en el contexto de profundos cambios en el sistema democrático y en el sistema de partidos en la Italia de los últimos años. Como ha destacado Botella (1997: 147), la tasa de no reelección en el Parlamento español ha sido bastante importante ya que entre un 45 por 100 y un 65 por 100 de los diputados han sido nuevos en cada legislatura: «Esta tasa de renovación es, en términos comparativos, fortísima: téngase en cuenta que en otros países el porcentaje de diputados “nuevos” rarisísimamente llega al 20 por 100 en condiciones normales.»

Como podemos ver en la tabla 3, una cuarta parte de ese 80 por 100 de diputados para quienes la política era ya actividad principal o, dicho de otra forma, la política era su profesión cuando se presentaron candidatos en 1996, inició su andadura en la carrera política hace veinte años o casi veinte años. Otro significativo 24 por 100 se incorporó a la profesión política a partir de las elecciones de 1982. Y algo más del 40 por 100 presenta una carrera política más corta, iniciada en 1989.

Se observan diferencias significativas en la carrera política de los diputados del PP y del PSOE que están claramente relacionadas con la evolución interna y los resultados electorales de ambos partidos. Tal como podemos observar en la tabla 4, más del 50 por 100 de la élite política del PP ejerce la política como actividad principal o es un profesional de la política desde 1989, con un importante 35 por 100 que lo hace tan sólo desde 1993. Sin embargo, un 79 por 100 de la actual élite política del PSOE inició su trayectoria como profesional de la política antes de 1989, con un importante 36 por 100 que lo hizo a partir de las elecciones generales de 1982. Tanto en el PP como en el PSOE, los miembros de la actual élite política que iniciaron su carrera política antes de las primeras elecciones generales de la democracia son muy pocos, lo que se explica por el cambio de régimen político y la transformación de la élite política¹⁶ y también por una cuestión generacional¹⁷.

Por otra parte, los partidos políticos constituyen la vía de acceso fundamental a la carrera política. Debemos tener en cuenta que prácticamente la totalidad de los diputados de la séptima legislatura estaban afiliados a un partido cuando fueron designados

16. En relación a esta cuestión, véase el pormenorizado estudio de Baena del Alcázar (1999: 504) quien, en el marco de su interés por el análisis de la cuestión de la circulación de las élites, aporta datos como el referente a la importancia de la renovación en el paso de las Cortes orgánicas a las democráticas: «Desde luego resulta una buena muestra de cómo se efectuó la sustitución del grupo humano poderoso, y es sin duda la obra maestra de los protagonistas del tránsito político entre los que destaca el Presidente Suárez. Así se deduce de nuestros datos, pues refiriéndose a quienes tienen sólo la condición de parlamentario desaparece del grupo poderoso más del 90 por 100 de los procuradores de las Cortes de Franco, y se incorporan a las Cortes democráticas personas que en más de un 90 por 100 no estaban en el grupo de poder con anterioridad».

17. La comparación en este terreno con la élite política de otros países no es sencilla, no sólo por los distintos indicadores utilizados para medir la profesionalización de la política, sino por la escasa precisión con la que aún se utiliza ese término. Si bien parece que el indicador más preciso es el del número de años en los que la política es la actividad principal, en la práctica, la mayoría de los investigadores tiene en cuenta el número de años en el que permanecen en el Parlamento, básicamente debido a la mucha mayor facilidad para la obtención de este dato. Este dato constituye un indicador más impreciso para analizar la profesionalización, pero, no obstante, ofrece cierto interés, y existen datos que muestran una prolongación de la carrera en el Parlamento. Saalfeld (1997: 35, 36) analiza la media de años de permanencia en el Bundestag de los parlamentarios alemanes entre 1949 y 1994 y muestra que la duración media de la experiencia parlamentaria medida en los inicios de cada legislatura asciende en este período y añade que es preciso tener en cuenta que las carreras en el Parlamento ocupan tan sólo una parte de las carreras políticas y que es preciso tener en cuenta las otras actividades, como la experiencia en la política local. No contamos con datos sistemáticos sobre los pasos previos en la carrera política de los diputados españoles aunque cabe apuntar un importante peso también de la política local y peso también bastante significativo, aunque menor, de la política autonómica, si bien cabe insistir en la necesidad de analizar con más profundidad en este terreno.

TABLA 4.
LA POLÍTICA COMO ACTIVIDAD PRINCIPAL ENTRE LOS DIPUTADOS
DEL PP Y DEL PSOE (EN PORCENTAJES)

<i>Períodos</i>	<i>PP</i>	<i>PSOE</i>
Antes de 1977.....	4	5
1977-1978.....	7	11
1979-1981.....	—	19
1982-1985.....	13	36
1986-1988.....	13	8
1989-1992.....	28	11
1993-1995.....	35	9

candidatos al Congreso de Diputados en la elecciones de 1996. Según la historia temporal de esa afiliación (tabla 5), las cifras se corresponden básicamente con el tiempo en que la política es la actividad principal o la profesión para estos diputados. Es decir, la política deviene actividad principal o deviene una carrera profesional para la élite política actual a través del seno de los partidos políticos.

Esta centralidad de la vinculación a un partido se observa también cuando comparamos la trayectoria temporal de la afiliación a sus respectivos partidos de los diputados del PP y del PSOE. Las diferencias en la antigüedad de sus respectivas carreras políticas se corresponden una vez más con las diferencias en la trayectoria temporal de sus afiliaciones, con una mayor abundancia, como cabía esperar, de afiliaciones veteranas entre los diputados socialistas.

TABLA 5.
TIEMPO DE AFILIACIÓN DE LOS DIPUTADOS

<i>Tiempo de afiliación</i>	<i>Total</i>	<i>Porcentaje</i>
Más de 20 años.....	59	28
De 10 a 20 años.....	89	42
De 5 a 10 años.....	34	16
De 2 a 5 años.....	19	9
Menos de 2 años.....	5	2
NC/No afiliados.....	6	3

TABLA 6.
 TIEMPO DE AFILIACIÓN DE LOS DIPUTADOS DEL PARTIDO POPULAR
 Y DEL PARTIDO SOCIALISTA (EN PORCENTAJES)

<i>Tiempo de afiliación</i>	<i>Partido Popular</i>	<i>Partido Socialista</i>
Más de 20 años.....	9	41
De 10 a 20 años.....	45	42
De 5 a 10 años.....	29	5
De 2 a 5 años.....	11	6
Menos de 2 años.....	5	1
NC/No afiliados.....	1	5
Total.....	100	100

V. LOS FACTORES QUE IMPULSAN LA PROFESIONALIZACIÓN

¿Por qué se convierte en profesión lo que para la mayoría de los diputados era fundamentalmente un deseo de contribuir a la consecución de determinado modelo de sociedad? Ciertamente, para responder a esta cuestión sería preciso rastrear mucho más profundamente en la carrera de los políticos, en las motivaciones que impulsan esa carrera en todas las etapas y en la dinámica interna de los partidos políticos y de las instituciones democráticas en las que se enmarcan esas carreras. Sin embargo, los datos con los que contamos permiten avanzar varios factores: las dificultades para la vuelta a la profesión de partida, las exigencias de especialización desde la política, la falta de nuevos candidatos temporales, y el impulso de las motivaciones. Veámoslas más detenidamente:

(1) *Las dificultades para la vuelta a la profesión de partida*

En el mismo momento en que un ciudadano acepta o es elegido para desempeñar un cargo político comienza a alejarse de la práctica de su profesión de origen, con todo lo que el concepto de práctica implica, ejercicio de habilidades específicas, especialización y estudio en los conocimientos necesarios para esa profesión, desarrollo de relaciones humanas convenientes para la promoción profesional, etc. La paralización de la práctica afecta negativamente a todo tipo de ejercicio profesional, pero sus consecuencias son aún más importantes en profesiones de alta cualificación. Y si nos centramos específicamente en la élite política y en las profesiones asociadas a la ésta, y

no en el conjunto de los diferentes cargos políticos, podemos observar la importancia de este factor con mayor claridad.

La gran mayoría de las profesiones de origen de la élite política es de alta cualificación, un dato que se corresponde, por otro lado, con el alto nivel de estudios de los diputados. Un 75 por 100 de los diputados tiene educación universitaria, y, además, un 18 por 100 de los licenciados universitarios tiene formación de postgrado. A ellos se añaden el 16 que tiene estudios universitarios medios. Este alto nivel de formación se corresponde con profesiones de alta cualificación como las recogidas en la tabla 7. El grupo más numeroso corresponde a los funcionarios. Si bien en la tabla 7 se han considerado los profesores, los médicos o los magistrados separadamente, la mayor parte de los diputados que señalan estas profesiones deben ser incluidos entre los funcionarios, de tal forma que este grupo alcanza un porcentaje mucho más alto. Muy por detrás de ellos se sitúan los abogados, con el 15 por 100 de presencia. Estas cifras confirman las tendencias indicadas por Jerez (1997: 127) en su análisis de la evolución de la profesión de origen de los parlamentarios españoles desde finales del siglo pasado, tendencias entre las que llaman la atención, entre otras cosas, el aumento continuado de la presencia de los funcionarios y el descenso del peso de los abogados.

En otro lugar (Uriarte, 1997: 266-270) he analizado los factores que explican la tradicional numerosa presencia de los funcionarios, dentro de ellos de los profesores, y los abogados entre la élite política. Se han destacado básicamente dos tipos de factores: la correspondencia entre esas profesiones y la política en cuanto a habilidades requeridas, muy especialmente el dominio de la palabra, y los aspectos prácticos, como la mayor facilidad de combinar estas profesiones con la política, muy especialmente la mayor facilidad para la vuelta desde la política a la profesión de origen. Como he indicado en otro lugar, todo este conjunto de reflexiones ha olvidado tradicionalmente la importancia de las motivaciones, de la vocación, como factor esencial que también debemos considerar y que ya ha sido desarrollado más arriba. Pero no es esto lo que interesa destacar en este punto, sino el segundo grupo de factores, es decir, los aspectos prácticos, y muy especialmente la facilidad de vuelta a la profesión de origen.

Jerez (1997: 127, 128) destaca este factor cuando señala que probablemente hay muchos ciudadanos interesados en la actividad política y que renuncian a plantearse una carrera política porque al no ser funcionarios de carrera ponen en riesgo su puesto de trabajo, mientras que los funcionarios están libres de esta preocupación, si bien los funcionarios también pueden arriesgar o retrasar su promoción profesional. Parece evidente la importancia de este factor en la explicación del gran número de funcionarios entre la élite política. Ahora bien, las crecientes necesidades de especialización tanto en la política como en el resto de las profesiones están provocando que el riesgo para la promoción profesional sea crecientemente importante también entre los funcionarios.

La actividad política requiere no sólo una dedicación total, sino también una especialización en esa actividad. Como dice Botella (1997: 147), el parlamentario que vuelve

TABLA 7.
PROFESIONES DE ORIGEN DE LA ÉLITE POLÍTICA

<i>Profesiones</i>	<i>Total</i>	<i>Porcentaje</i>
Funcionario	44	21
Profesor universidad	33	16
Profesor enseñanza media...	22	10
Abogado	31	15
Técnico Medio/Empleado ...	18	8
Médico	9	4
Ejecutivo/Gerente.....	7	3
Ingeniero/Arquitecto.....	7	3
Economista.....	6	3
Sindicalista	6	3
Empresario.....	4	2
Estudiante	4	2
Político.....	3	1
Periodista.....	2	1
Magistrado	2	1
Ama de casa	1	1
Otros	9	4
NC.....	4	2

a su profesión de partida, «raramente puede desarrollar actividades profesionales en las que la experiencia parlamentaria configure un activo importante, configure un *background* importante». Además, el ejercicio de la actividad política implica la paralización de la actividad profesional con todas sus consecuencias negativas en una época en la que todas las actividades profesionales, y muy especialmente las relacionadas con altos niveles de formación, están sometidas a un enorme grado de competencia. Los efectos negativos para la promoción profesional son claros en todas las profesiones, y también dentro del funcionariado.

(2) *Las exigencias de especialización de la política*

Es este segundo factor que raramente se considera en el campo que nos ocupa: se trata de los conocimientos específicos que exige la práctica de la política. No me refiero a la alta formación, preferentemente en campos que analizan la política, como

las Ciencia Política, el Derecho o la Filosofía, sino a las crecientes exigencias de un profundo conocimiento de la dinámica de la política, es decir, de aspectos como son el proceso de toma de decisiones políticas, el logro del consenso con otras fuerzas políticas y sociales, las relaciones con los medios de comunicación, la comunicación con los ciudadanos, etc. Todos estos aspectos de la política son determinantes para el éxito, pero tan sólo el ejercicio de la actividad política, tanto en el seno de una organización política como en el seno de una institución política, procura el dominio de habilidades como las señaladas. Dado el nivel de sofisticación de la política de nuestros tiempos, su dominio es cada vez más importante, y la experiencia política requerida para lograrla es cada vez más larga.

De ahí que no pueda dedicarse a la política cualquier ciudadano, tal como marca el ideal democrático, sino tan sólo el ciudadano que tenga una sólida formación, y, además, una importante experiencia política. El segundo requerimiento tan sólo se consigue a través del ejercicio de la política, y empuja inevitablemente al alargamiento y a la profesionalización de esta actividad.

(3) *La falta de nuevos candidatos temporales*

No sólo se trata de que los candidatos para la actividad política sean pocos en general, sino que los candidatos temporales sean aún mucho más escasos. ¿A qué se llama aquí candidatos temporales? Pues bien, se denominan así a los ciudadanos que están dispuestos a renunciar a su ejercicio profesional para incorporarse tan sólo temporalmente y por un breve período de tiempo a la política. Incluso entre los ciudadanos con profundas motivaciones para participar en la actividad política, la disposición a abandonar temporalmente la actividad profesional es cada vez menor. A medida que ascendemos en la escala profesional, los efectos negativos para la profesión de un abandono temporal de cuatro u ocho años son cada vez mayores y las compensaciones, bien personales, profesionales o monetarias de la política son cada vez menores. Si a esto añadimos que los conocimientos específicos que exige la política son cada vez mayores y que, para obtenerlos, no son suficientes breves estancias en la política, el número de candidatos potenciales se reduce drásticamente.

Otro factor complica notablemente el surgimiento de nuevos candidatos a los puestos políticos y rara vez es tenido en cuenta. Los candidatos son seleccionados por los partidos políticos y esto implica dos problemas importantes en el campo de la compatibilidad de la política con cualquier ejercicio profesional. En primer lugar, para ser seleccionado es requisito fundamental ser conocido, estar consolidado en el seno de un partido, o, lo que es lo mismo, estar afiliado y haber desplegado una intensa actividad en su interior, lo que se hace habitualmente a través de una larga *carrera* como militante, lo que implica mucho tiempo y esfuerzos dedicados a actividades que no reportan ningún beneficio

económico o profesional y, tan sólo a medio o largo plazo, pueden llevar a la designación para un puesto político de cierta relevancia.

En segundo lugar, todo puesto en el ámbito político debe ser compatibilizado con la militancia activa en el partido. Dado que es un partido el que selecciona a los candidatos a los puestos políticos, estos candidatos deben corresponder, sobre todo si aspiran a continuar en éste u otro puesto político, con una activa contribución a las actividades de su partido. Es decir, todos los políticos se ven obligados a compatibilizar dos actividades, una primera relacionada específicamente con su puesto político y una segunda correspondiente a las actividades internas del partido político que le designó, lo que convierte el trabajo político en una actividad interminable que se prolonga habitualmente mucho más allá de la jornada laboral de la mayoría de las profesiones.

Todo ello reduce drásticamente el número de nuevos candidatos potenciales y contribuye, por tanto, a prolongar el tiempo de ejercicio de los escasos candidatos o políticos en ejercicio ya existentes. Hay pocos que estén dispuestos a renunciar a su carrera profesional para abordar otra con muchas exigencias, si esa otra no les garantiza una continuidad que compense las dificultades.

(4) *El impulso de las motivaciones*

Pero además, y, por último, debemos volver a las motivaciones para explicar el proceso de profesionalización. Porque la política tiende a convertirse en profesión no sólo por los factores señalados, sino también porque las motivaciones que impulsaron a quienes entraron en la política no desaparecen cuando ejercen la actividad política. Es decir, esas motivaciones, les impulsan a seguir en esa misma actividad. Como señala McAlpine (1996: 37) en uno de los pasajes de su brillante libro: «Pero entonces, la política, que una vez fue vocación, se convierte en profesión». Y, sin embargo, creo que vocación y profesión no se oponen: se complementan, y la primera sigue siendo necesaria para la comprensión de la segunda.

Cuando se preguntaba a los diputados españoles por sus deseos de continuación en la política, es llamativo constatar, tal como vemos en la tabla 8, que nada menos que un 85 por 100 afirmaba que le gustaría que la actividad política continuara siendo su actividad principal más allá del final de la legislatura. Este alto deseo de continuidad en la política es común a políticos de otras latitudes. En su análisis de lo que considera ambición de los candidatos al Parlamento Europeo, Norris (1997: 225) observa que ante la pregunta formulada a candidatos sobre dónde les gustaría estar y dentro de diez años, no llega al 25 por 100 el porcentaje de los que señalan que retirados de la política. Algo más del 75 por 100 desea una larga continuidad en la política y es probable que este porcentaje fuera más elevado, similar al de España, en los parlamentarios electos.

TABLA 8.
DESEO DE CONTINUACIÓN EN LA POLÍTICA
(EN PORCENTAJES)

<i>Diputados</i>	
Sí.....	85
No.....	9
NC.....	5
Total.....	100

Cabe destacar no sólo las motivaciones más ideologizadas o de compromiso sino, muy especialmente, las relacionadas con la atracción hacia la política como actividad. Respecto a las primeras, es decir, los impulsos de servicio a la sociedad, de compromiso con unas ideas, de lealtad con un partido y con un grupo de personas, etc., que tuvieron tanta importancia en el inicio de la actividad política de los diputados, cabe pensar que continúan teniendo su peso en su compromiso con la actividad política. Pero, probablemente, pierden parte de su importancia en la medida en que esa actividad política se desarrolla, y dan paso a una creciente importancia de la atracción por la actividad en sí misma, o de la consideración de la política, no sólo como una labor de trascendencia social, sino, sobre todo, como una actividad satisfactoria desde el punto de vista personal.

Si se tienen en cuenta muchos de los aspectos negativos de la actividad política, o mejor, que el deseo de continuidad es igual también entre los políticos más brillantes o relevantes que, sin duda, encontrarían fácil y cómodo acomodo en otro tipo de actividades, llegamos a la conclusión de que las motivaciones que impulsaron en la entrada en la política, la vocación, en definitiva, constituyen también más adelante un elemento esencial en la explicación de la profesionalización de la política.

VI. UNA NOTA FINAL: EL INTERÉS DE LAS MOTIVACIONES DE LOS POLÍTICOS EN UNA ÉPOCA DE CRISIS DE LA POLÍTICA

Entre los estudiosos de las élites políticas ha surgido a veces la pregunta sobre la utilidad de sus análisis. La pregunta debe entenderse en el contexto de una ciencia política para la que es esencial el conocimiento de las opiniones, actitudes y valores predominantes entre los ciudadanos, pero que, sin embargo, descuida la indagación sobre los otros protagonistas de la política, los políticos. La falta de interés ha provocado, entre otras cosas, el desconocimiento de algunas parcelas esenciales de la política como

la relativa a los procesos por los que algunos ciudadanos se convierten en profesionales de la política.

Y, sin embargo, en un momento en el que la imagen de la política está en crisis en los países democráticos, en un momento en que la valoración de la política y de los políticos es muy baja, en una época en que los conceptos de política y políticos se relacionan fundamentalmente con el descrédito, es útil conocer la política desde sus élites. Este artículo ha indagado en ese desconocido campo de los políticos y ha examinado aspectos como la ideologización, el compromiso, el servicio a la sociedad o la vocación entre las motivaciones principales que impulsan a los políticos. Es la importancia de esas motivaciones tan poco exploradas hasta el momento la que explica no sólo la entrada en la política de algunos ciudadanos, sino que explica en parte también la posterior profesionalización de su relación con la política, profesionalización impulsada, además, por las exigencias de especialización de la política y por las dificultades de vuelta a las profesiones de origen. Es ésta una cara desconocida de la política en la que la ciencia política debe seguir indagando para responder a algunas de las interrogantes que se abren con la crisis de la imagen de la política y de los políticos que afecta en los últimos años a nuestras democracias.

Referencias

- Baena del Alcázar, Mariano. 1999. *Élites y conjuntos de poder en España (1939-1992)*. Madrid: Tecnos.
- Botella, Joan. 1997. «Parlamento y carreras políticas», en Manuel Ramírez (ed.), *El Parlamento a debate*. Madrid: Trotta.
- Buck, Philip W. 1963. *Amateurs and professionals in British Politics, 1918-1959*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Camp, Roderic A. 1984. *The Making of a Government (Political Leaders in Modern Mexico)*. Tucson: The University of Arizona Press.
- Enzensberger, Hans M. 1999. *Zigzag*. Madrid: Anagrama.
- Genyes, William. 1998. «Las élites periféricas españolas ante el cambio de régimen», *Revista de Estudios Políticos*, 102: 9-38.
- Jerez, Miguel. 1997. «La élite parlamentaria», en Manuel Ramírez (ed.), *El Parlamento a debate*. Madrid: Trotta.
- Leach, Robert. 1995. *Turncoats*. Aldershot: Dartmouth.
- McAlpine, Alistair. 1996. *Letters to a Young Politician*. Londres: Faber and Faber.
- Noelle-Neumann, Elisabeth. 1995. «Public Opinion and Rationality», en Theodore L. Glasser y Charles T. Salmon (eds.), *Public Opinion and the Communication of Consent*. Nueva York: The Guilford Press.

- Norris, Pippa (ed.). 1997. *Legislative Recruitment in Advanced Democracies*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Payne, James L. et al. 1990. *Las motivaciones de los políticos*. México: Limusa.
- Saalfeld, Thomas. 1997. «Professionalisation of Parliamentary Roles in Germany: An Aggregate- Level Analysis, 1949-94», en Wolfgang C. Müller y Thomas Saalfeld (eds.), *Members of Parliament in Western Europe, Roles and Behavior*. Londres: Frank Cass.
- Uriarte, Edurne. 1997. «El análisis de las élites políticas en las democracias», *Revista de Estudios Políticos*, 9: 249-275.
- Uriarte, Edurne. 1998. «Intelectuales y periodistas contra políticos», *Claves de Razón Práctica*, 86: 66-71.
- Verzichelli, Luca. 1998. «The Parliamentary Elite in Transition», *European Journal of Political Research*, 34: 1.
- Weber, Max. 1981. *El político y el científico*. Madrid: Alianza.
- Ysmal, Colette. 1995. «Les élites politiques: un monde clos?», *Revue Politique et Parlementaire*, 980: 27-34.

EDURNE URIARTE

E-mail: zipurbee@lg.ehu.es

Profesora Titular de Ciencia Política en el Departamento de Ciencia Política y de la Administración de la Universidad del País Vasco. Sus publicaciones de los dos últimos años se han centrado en el análisis de la participación de las mujeres en poder político y en el análisis de las élites políticas.